

Reivindiquemos a los hermanos Sofovich

Hace ya tiempo que me alejé del circuito habitual de la crítica cinematográfica. Y no es una cuestión de falta de ofertas. Prácticamente todas las semanas recibo alguna “oferta” para ocupar ese espacio en algún programa de radio, televisión o medio gráfico. Y sistemáticamente rechazo los ofrecimientos de la misma manera que rechazo las invitaciones a las funciones para prensa, *avant premières* y todos ese tipo de eventos. Pero la semana pasada me invitó a asistir a la presentación de un cortometraje un joven director y, dada la gentileza que alguna vez tuvo de no presentar cargos en la justicia contra mí luego de un altercado que tuvimos, decidí devolverle el favor. Cuando llegué a la dirección indicada, alta fue mi sorpresa al no encontrarme con una pequeña sala de proyección, sino con una casa antigua, tipo chorizo, pero “emprolijada”, con colores chillones en las paredes. Me recibió éste muchacho con mucha alegría y me presentó a varios amigos suyos, todos directores/guionistas/camarógrafos/actores/productores de sus películas. El tópico de la conversación era, obviamente, el cine. Mientras algunos hablaban maravillas de “La

ciénaga” o “El asadito” otros analizaban las posibles interpretaciones de tal o cual película de David Lynch. Entre las posibles explicaciones a una escena en la cual dos viejos, convertidos en miniaturas, salen de un tacho de basura para increpar a otro personajes alguien dijo “es como las películas de Olmedo y Porcel, siempre se trata de querer coger”. Todos se rieron y uno en

*A fin de cuentas,
yo era un simple
crítico cinematográfico
sin ningún título,
con sólo cuarenta y pico de años
de profesión como aval.*

particular, en el medio de la risa decía “por dios, qué películas de mierda esas”. Debo aceptar que perdí la calma. Le pregunté por qué decía tal cosa, y me explicó que esas películas eran muy básicas, mal hechas, con personajes poco desarrollados y burdos, “como todas las películas de Sofovich”. Intenté explicarle que estaba generalizando, que las películas del dúo cómico

no eran todas iguales, y que particularmente las que dirigieron o escribieron los hermanos Sofovich eran las mejores. La respuesta del tipo fue “a mí en la universidad me dieron para ver “Mirame la Palomita” y es una mierda”. Insistí un poco en la defensa de los hermanos Sofovich explicando que justo esa película es una de las menos logradas, y que no tienen nada que ver ahí ni Hugo ni Gerardo, pero fue inútil. Tras una larga enumeración de “cosas horribles que tienen esas películas”, incluyendo “un pobre tratamiento de los personajes”, “fotografía deplorable” o “tratamiento infantil de la sexualidad”, reflejado en “escenas de desnudez gratuita” decidí abandonar la lucha. A fin de cuentas, yo era un simple crítico cinematográfico sin ningún título, con sólo cuarenta y pico de años de profesión como aval, frente a todos estos directores/guionistas/productores, egresados de las mejores universidades de cine del país. Por suerte comenzaron a proyectar el corto, en el cual, el director/actor, desnudo, sentado en una lata de pintura vacía se comía un sanguiche de salame y queso mientras un perro perseguía a una tortuga que atravesaba todo el plano en tan sólo veinte minutos.

Mariano Quintero

Así

Nos miró a todos como quien termina de despedirse del último invitado a la fiesta y recuerda que todavía no retiró su abrigo; con la expresión del rostro de la gallina cuya cabeza está separada del cuerpo que aún camina y mueve las alas; similar a la que se pone después de sonarse, guardar el pañuelo y sospechar que algo quedó colgando de la nariz; como la de la señora que espera que deje de moverse en el suelo la última lata que integraba la torre que ella derribó con la cartera en el supermercado; la del prófugo que en la fila de migraciones a punto de salir del país descubre que tiene el pasaporte vencido; igual que la del profesor que acaba de gritar pidiendo silencio a sus alumnos y detecta que el cuchicheo que continúa escuchando es el de su titular de cátedra con el decano de la facultad; como la del que desmemoriado por el alcohol despierta en un cuarto ajeno y ve, al rayo de sol que a su compañera rubia se le ha corrido la peluca y se le empieza a notar la sombra de la barba; parecida a la cara del que dos cuerdas después de salir del banco se da

*...o el que escucha
el disparo
y no siente nada
pero ve
que una mancha roja
crece en su camisa blanca
a la altura
del estómago...*

cuenta de que le pagaron de menos; o el que escucha el disparo y no siente nada pero ve que una mancha roja crece en su camisa blanca a la altura del estómago; o la del que llega a su casa y encuentra a su esposa sentada en el living tomando el té con su amante (de él); o la del que no advirtió que se le corrió una ficha en el cartón y luego de gritar “Bingo” vuelve a su mesa sin premio mientras se reinicia el juego; la del matón a sueldo que despoja de sus documentos a la víctima inerte y descubre que no es el muerto que le encargaron; la del dandy experimentado cuya lengua registra que un incisivo central ha desertado en algún momento de la cena íntima; igual que el semblante del novelista que pone el punto final a su obra, se prepara a cerrar la computadora y recibe la traición en forma de cartelito con la leyenda “documento borrado”; o el comensal que ni bien mastica energicamente recuerda que el mozo lo previno acerca de que su plato era muy picante. Así nos miró a todos, y saltó.

Roberto Garriz

*- Bueno, ¿cómo te llamas?
- Odradek- dice él.
- ¿Y dónde vives?
- Domicilio desconocido - dice, y ríe; claro que es la risa de alguien que no tiene pulmones. Suena más o menos como el susurro de las hojas caídas.
Franz Kafka*

Ramal que para, ramal que cierra

Aquella espera silenciosa a la que se había entregado el personal luego de que Betty nos dejara sin más explicación que la búsqueda de una improbable certeza existencial, finalizó en el momento mismo en que nuestra compañera de tareas entró, con un par de kilos más, por la puerta de la Biblioteca.

Mientras el referencista se animaba con voz cálida pero dudosa entonación a tararear bajito “Volvió una tarde, no la esperaba...”, Betty se dedicó a besarnos en la mejilla, leve pero afectuosamente, y a murmurar sin demasiada convicción lo contenta que estaba de vernos y lo precioso que quedaba el arbolito de Navidad en el descanso de la escalera.

Clausuradas por un rato, ante semejante declaración, las posibilidades de preguntarle a Betty por las verdades descubiertas en sus días de licencia, lo que quedó para el resto de la tarde fue ocuparnos diligentemente de los muchachos que invadían la Sala de Lectura sobre el final del ciclo lectivo. Algunos de los más conocidos, con su Cindor asomando por el bolsillo de la mochila, se dedicaron con fruición a completar una serie de dudosos ejercicios de Lengua y Literatura en los que términos inusuales debían incluirse en oraciones unimembres con vocativo incluido. En un rato, una catarata de palabras olvidadas o desconocidas nos había reunido alrededor de la mesa y degustábamos con los visitantes las posibilidades poéticas de procrastinación y serendipia, por nombrar algunas, con un entusiasmo evidentemente distractivo y cierto grado de

irresponsabilidad.

No pasó demasiado tiempo para que, apoyada en el fichero, Betty me hablara del modo en que semejante ejercicio grupal la enfrentaba a un diagnóstico preciso. Y casi en un susurro, me habló de las últimas semanas, en las que había podido neutralizar su impulso procrastinador, y subirse al tren que se le ofrecía, y dejar de postergar por cobardía o perfeccionismo lo que quería para ella. Pero me dijo también que eso no dura demasiado, y que aunque se tratara de subirse al tren o perecer, su naturaleza era quedarse en la estación, bien peinada y tarareando bajito, revisando los horarios de los rápidos y charlando con otros, verdaderos pasajeros, mientras subían las valijas.

La confesión se terminó ahí nomás, pero hace unos días que Betty deja tirados por la Biblioteca objetos imposibles, que parecen botellas lanzadas al mar, o deja caer por el balcón, casi a la hora del cierre, papilitos que no llego a leer. La insistencia con la que ha consultado últimamente los diccionarios me hace pensar que dentro de sus planes está aprovechar los términos más exitosos de aquella tarde en la Sala de Lectura, y oponer a su naturaleza la contingencia de la serendipia.

Pero no me animo a decirle, ahora que llegan las fiestas y se pone más sensible que de costumbre, que las casualidades y el azar son precisamente eso, y que inventar un tren imprevisto es otra forma de quedarse sentada y tal vez más distraída.

María Martha Gigena



Los Scroll

Esto es lo mejor que me pasó en la vida. Estoy acá parado, en el medio del césped, el estadio arde, esperando que empiece la fiesta. Es la primera vez que los Scroll vienen a la Argentina, antes estuvo por acá el bajista, Bolly Sound, pero todavía la banda no estaba consolidada.

Miro a toda esta gente, haciendo la ola, es impresionante. Los que siguen a la banda desde el principio saben como arengar y marcan el ritmo: “Sssscroll sos lo mejoooooor, Scroll como te quiero, Sssscroll toda la Argentina te canta a voooooooooos”. Los de menos de 20 no conocen las canciones, y están acá por el corte de difusión, ése que usaron en algunos avances de La Lola, el que dice “put the red light”. Todos se engancharon por el ritmo pero la letra es una masa. Dice algo así como que hay que poner la luz roja cuando uno se enamora, yo no sé bien, porque no entiendo mucho inglés, pero me hice traducir todos los temas... Ahora me sé todas las letras, conozco las canciones de cuando la banda estaba en ciernes, tengo el primer disco, del 2005, que si me pongo a preguntar seguro que nadie lo conoce. Ahí la banda sonaba más cruda, fue la mejor época de los Scroll, ahora están más afilados y bajaron un poco el tono en las letras. En el primer disco, The Scroll's mountain, había un tema que decía “the police is bad and you are sad”. Re loco, porque va contra el sistema. Los tipos son muy

jugados, muy comprometidos. Dicen que en algunos países lo censuraron, acá no pero porque nadie entiende inglés que si no...

El primer disco es como el lado B de “Go to the supermarket and buy a cake”, que es el último, y que igual está re bueno. Se me pone la piel de gallina cuando veo, ahora mismo, a estos pibes de 15, de 18, gritando “S-croll, ra ra ra, S-croll, la puta madre que te parió”. Me conmueve que estos músicos

hayan llegado a todos los estratos de la sociedad, más allá de que seamos pocos los que los entendemos cabalmente. Porque acá, en la popu, en el césped, hay cumbiambas, hay rockeros, hay poperos, pero todos se respetan y conviven, y si alguien roba le caen 20 encima, porque acá vinimos a divertirnos. Somos como una familia, y los Scroll son los padres.

Ya se va Susan Bergman, que hizo de soporte, toda escupida. Y bajan las luces. “Ohhhh, vamos los Scroooll”. Ahí sale el vocalista, Ronnie Torman. “¡Vamos Ronnie, sos lo más grande que hay!”. Suena el primer acorde de “The shouting dwarf” y se me pone otra vez la piel de gallina: “Ahhhhhhhh!!!! the little girl shout too much”, ahora todos somos uno.

Yanina Bouche

París, 5 de febrero, 05

Un día soleado, en el Café du le Paix el turismo entra en la sugestión, sueña que la vida es plácida. Y logra su objetivo.

Alguien lee una revista -llamada *El cinturón*- en castellano que se ocupa del cinturón negro de la cultura, alcanzo a leer “esa mezcla oscura de pobreza y violencia”.

¿Está bien traducida *La Biblia*?, pregunta alguien en francés con la revista semanal de *Le Monde* sobre la mesa. El handy dice su interlocutora, una mujer joven, significa que no me importa quien me mira. El celular muestra que hay otros en mi vida aunque camine sola.

Samedi es mañana, me engañó *Le Monde*, que sale por la tarde con fecha del día siguiente. Mañana, entonces, *La Biblia* estará mal traducida, mañana se iniciará la movilización en Europa por el salario, mañana Phillippe Dousté-Blazy hablará sobre el plan de salud mental. Que lo sepa hoy, cuatro de febrero, se debe a mi ignorancia de esa tradición de *Le Monde*.

Le coutúrier Laurent Mercío avec mannequins (una con sombrero de hombre ladeado, como un compadrito de Borges. Otra



“El músico” - Nora Martínez

encendiendo un puro que no se prende, como los cigarrillos-, peinada a la gomina). El desfile se llamará “Elle fait l’homme”. Lacan se metió en la moda o bien la moda ya estaba en Lacan. No lo sé.

Wangari Maathai contra la deforestación, le dieron el premio Nobel y gracias a ella sabemos lo que pasa en Kenya.

Tonterías, cuando uno se entera de que el General De Gaulle era un Citroënista convencido, que usaba la marca Citroën hasta en sus desplazamientos oficiales. Como también lo fueron Belmondo, Delón y Fantomas. Los viejos franceses recuerdan la sensación que causó, en el salón del automóvil de París de 1955, la Citroën DS 19. Roland Barthes, con una homofonía encantadora, llegó a decir “diesse de Citroën”. Una saga que en octubre será festejada con una manifestación de 1500 DS desfilando por las calles de París.

Alguien dice en francés que un psicoanálisis sobre un diván de Peugeot quizá permita hacer el duelo de la DS.

Me interesa la propuesta de una traducción de *La Biblia* que pueda descristianizar y deslatinizar las versiones actuales. Voy a leer a Henri Meschonnic.

Germán García

El Ponchi, Majita y yo

(Primera parte)

Lo hablé con el psicólogo del Ponchi. Lo hablé con mi psicóloga. Lo hablé con ella, con Majita, mi novia desde hace casi seis meses. Incluso lo hablé con él, con el Ponchi, oblicuamente, sin entrar de lleno en el tema. Abusando de las metáforas, de la adjetivación, de las elipsis, así lo hablé. En algún momento va a llegar el día, ese día, alguna vez mis chiquitos tendrán que conocerse. Digo mis chiquitos porque la diferencia de edad entre mi novia y mi hijo es poca. Él tiene 7, ella 22. Y además se parecen en muchas cosas. Los dos se quedan parados en los kioscos, con la boca abierta, fascinados con el espectáculo de las golosinas agrupadas en prolijo amontonamiento. Los dos aman la naturaleza, el vagabundeo sin rumbo por las calles, los perros, las gaseosas, las noches de luna gorda -llena, redonda-.

Hace rato que vengo pensando en hacer las presentaciones formales. Decir: Ponchi, ella es Majita. Majita, él es el Ponchi. Ahora imagino las caras de ambos: la cara con mocos de él -dentadura incompleta, restos de chocolate en los labios-. La carita linda de ella, siempre sonriente, luminosa.

Sé que si se dejan las cosas libradas al azar tienden a empeorar, pero también sé que es difícil intentar controlar el azar. Habría que llegar a



“Suble” - Nora Martínez

La hora del ángel

que corrió por mi espalda borró de mi cabeza todo menos un aterrador presentimiento:

- La tocás y te mato -le dije. Entonces habló con un graznido de cuervo.

- No vengo por ella, seño, es por usted. Pero le aviso que tiene una oportunidad de no venir conmigo: si me gana a la generala.

Y ahí nomás lanzó los dados sobre la mesita junto al sillón. Una breve percusión sonó mágica contra la noble madera.

Eran cinco dados verdes en cuyas caras aparecían extrañas criaturas con muchos cuernos y pocos ojos, temerarios emperadores galácticos, superhéroes desconocidos, incontables estrellas fugaces, rayos partiendo por la mitad planetas abandonados...

- Cada tirada es un deseo suyo, seño. Usted y yo sabemos cuáles son esos deseos y qué orden les ha puesto ¿me entiende?

Empezó la jugada. Arbitraria, indescifrable, loca jugada.

La persistencia de su júbilo tonto sentenciaba que no me estaba yendo bien, y cuando sentí que ya no me quedaba tiempo, desesperadamente, desparramé mi última apuesta en un aullido:

-iiiTachame “Cantante de rock”.....!!! - grité con toda mi alma.

El silencio que vino después dejó mudos y más quietos a todos los objetos de la casa. Fue un silencio profundo y negro como un lago entre las montañas...

El ángel desapareció. Oí un aletear desperejo sobre el techo.

La abuela se despertó y se levantó de un salto, con un matamoscas en la mano y la mirada fija en el infinito.

Nora Martínez